

EDITORIAL



Francisco Javier Caballero, CSSR
director@revistaicono.org

Nuevo tejido sinodal de la comunidad

Sinodalidad es, ante todo, un nuevo tejido relacional. Una nueva forma de vernos y de ayudarnos; de cooperar y buscar juntos la verdad. Siempre ha estado entre nosotros este principio, pero es ahora cuando de manera más enérgica y más comunitaria nos lo hemos propuesto bajo el epígrafe de una llamada eclesial: el sínodo.

Hace muchas décadas que la comunidad cristiana comprueba con desolación la desconexión de los principios eclesiales y los ritmos celebrativos con la vida del pueblo. Y, sin embargo, la vocación de la Iglesia es ser pueblo, caminar con el pueblo, servir al pueblo. Hay inercias que nos han condicionado (y siguen haciéndolo) notablemente. Acusamos un clericalismo atroz que distancia, separa y clasifica. Una búsqueda inconsciente (y a veces no tanto) de preeminencia, distinción y privilegios. Una contradicción clara con aquello que siempre hemos afirmado como nuestra razón de ser: pueblo de Dios, discípulos y discípulas en torno al Maestro. La evidencia es que seguimos buscando ser «maestros» y «maestras», superiores a nuestros hermanos y hermanas. Por eso tejer sinodalidad es una tarea lenta y muy delicada, porque toca esa fibra humana a la que tanto le cuesta convertirse, que no es otra que la lucha contra la soberbia y la presunción.

Hemos dados pasos. Ya el sínodo no es sínodo de obispos.

Solo sínodo. Es una palabra, pero indica una intención evidente e irreversible. Pero no basta. Seguimos haciendo declaraciones que suenan bien pero no rompen la distancia. A veces, desde el «púlpito» bien separados, hablamos de unidad... Con lo cual las palabras ya nacen muertas. Es este un tiempo interesante, pero profundamente estético. Y las formas a veces confunden y nos pierden. Nunca como ahora hemos sido conscientes de la necesidad de una vuelta a lugares humildes, estilos humildes y presencias humildes... Y, sin embargo, nunca, como ahora, hemos necesitado tanto y buscado tanta seguridad para creernos cristianos y salvados. A nuestra Iglesia le sobran «estrellas» y le faltan constelaciones, le sobran personajes y le faltan comunidades, le sobran principios enérgicos y le falta principio de encarnación... en definitiva nos sobra, a jóvenes y mayores, ideología y nos falta evangelio.

Y es que en este proceso o camino sinodal ha habido y está habiendo participación. Pero no nos engañemos, ni es numerosa, ni tan plural, ni tan entusiasta como agitan las redes sociales. En buena medida es un movimiento circular, de los mismos y para los mismos. Es retroalimentarnos los que quizá con la boca pequeña anunciamos cambio, para que nada cambie. Otro dato paradójico es la participación de los jóvenes. Hablan las estadísticas que a penas es

de un 10%. Me pregunto qué camino, qué futuro y qué proyección tendrán nuestras decisiones si en ellas no están quienes han de protagonizarlas y vivirlas. Quienes tendrán que tejer en un futuro cercano la Iglesia que se abre a un diálogo sincero con el mundo.

Nos queda mucho para lograr el nuevo tejido sinodal de la comunidad cristiana. De momento, estamos en el intento. Darnos por satisfechos sería ingenuo. Dedicarnos solo a la queja, deprimente. El camino no es otro que empezar a caminar y convertir, poco a poco, nuestros pasos ambiguos, en gestos de verdad y de evangelio. El camino es abrazar la realidad para descubrir en ella la voz de Dios que pronuncia claramente palabras de conversión, solidaridad y perdón.

Comenzar a soñar...

“Qué importante es soñar juntos... solos se corre el riesgo de los espejismos, en los que se ve lo que no hay, los sueños se construyen juntos” (FT 8). Ahora nos toca a nosotros empezar a tejer ese sueño común como hijos de un único Dios que ama a todos. Quizá este sínodo sea el comienzo de una gran oportunidad.